BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

PECADOR, DIOS TE ESPERA

Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Éz. 33, 11)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 34 - Sevilla-3

Con licencia eclesiástica
ISBN 84-86162-29-7
D L B-10290-84
Impreso en E.S.G., S.A.
Lisboa, 13 - Barberá del Vallés
(Barcelona)

Printed in Spain
Impreso en España

PRESENTACION

Las siguientes frases de la Biblia, me han movido a escribir este pequeño libro:

«Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Tim. 2, 4), «no queriendo que nadie perezca, sino que todos se conviertan (2 Ped. 3, 9), y porque Dios quiso salvarnos, se hizo hombre y «vino a este mundo para salvar a los pecadores» (1 Tim. 1, 15), y expresamente lo dijo así: «Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a penitencia» (Lc. 5, 32).

Por medio del profeta Ezequiel dice con juramento: «Yo no quiero la muerte del pecador, si no que se convierta y viva» (11, 33), y en el libro de la Sabiduría: «Dios hace como que no ve los pecados de los hombres por esperarlos a penitencia» (Sab. 11, 24).

Tu que lees esto: ¿Eres pecador? Pues piensa que Dios te espera. No difieras de día en día tu conversión (Eclo. 5, 8), no sea que te sobrevenga el castigo eterno.

«Mañana, dices, viviré bien. Dios te prometió indulgencia; pero nadie te prometió el día de mañana. Si has vivido mal hasta ahora, empieza a vivir bien hoy mismo» (S. Agustín).

Se vive una sola vez. «Estad preparados, porque en la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre» a juzgaros. (Lc. 12, 40).

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, 1 julio 1983

PECADOR, DIOS TE ESPERA

La historia del hombre con relación a Dios

¿Qué es la historia del hombre con relación a Dios? Es una historia de contínuos pecados, y la historia de Dios con relación al hombre es de contínuas misericordias.

En Dios todo es grande, todo es infinito. Su grandeza se manifiesta en su omnipotencia, en su providencia, en su sabiduría, en su justicia..., pero en donde más resalta es en su MISERICORDIA.

Reflexionemos sobre esta pregunta: ¿Existe el pecado para que el hombre tenga necesidad de misericordia y de perdón?

De hecho el pecado existe; pero lo que hoy sucede, como dijo un día el Papa Pío XII y lo repitió Pablo VI, es que «se ha perdido el sentido del pecado», y estamos presenciando que hay muchos que no le dan importancia a lo que Dios ordena o prohíbe y esto no deja de ser una grave enfermedad de nuestro tiempo.

Si bien nos examinamos tenemos que reconocer que «nosotros existimos porque Dios es bueno, como dijo San Agustín, y nos ama», y su misericordia se manifiesta en que después del primer pecado de la humanidad, en vez de castigar a ésta aniquilándola, se compadece y promete un Redentor, que no es otro que el mismo Jesucristo, el Dios hecho hombre, que viene a ese mundo a redimirnos del pecado sufriendo

muerte de cruz. «Nos amó y se entregó a la muerte por nosotros» (Gál. 2, 20).

Y ¿qué es pecado?

A esta pregunta responderemos con las palabras de la Biblia: *«Pecado es la transgresión de la ley de Dios»* (1 Jn. 3, 4).

Para saber, pues, qué es pecado basta atender a lo que manda o prohíbe la Ley de Dios. En el Antiguo Testamento vemos que ya Dios dio en el monte Sinaí su ley que se encierra en los diez mandamientos, y que Jesucristo los confirmó y perfeccionó.

Todo pecado supone necesariamente dos cosas: Una ley terminante de parte de Dios, y una desobediencia terminante de parte del hombre. Dios dice: no blasfemes, santifica las fiestas, no mates, no robes, no cometas actos impuros... Si el hombre no quiere cumplir estos mandamientos, si desobedece a lo mandado por Dios, entonces comete un pecado por quebrantar su santa ley, y al haber muchos que no la cumplen, síguese que hay pecadores en el mundo.

En consecuencia, existe el pecado en el mundo, y «todo el que comete el pecado es esclavo del pecado» (Jn. 8, 34), y por lo mismo el pecador queda ligado con ataduras del mal y de sus pasiones, y sólo podrá ser libre cuando rompa esas ataduras mediante la detestación del mal y obtenga de Dios el perdón de sus pecados.

Dios sale al encuentro del hombre

Nos consta por la revelación que Dios ha hablado

a los hombres, pues, como dice el apóstol: «Muchas veces y en muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por medio de los profetas, y últimamente, en estos días, nos ha hablado por medio de su Hijo» Jesucristo (Heb. 1, 1-2), y como las palabras que nos ha dicho por medio de los profetas las tenemos en el Antiguo Testamento, y las que nos ha dicho por Jesucristo, el Dios hecho hombre, las tenemos en el Evangelio, nos basta copiarlas para reconocer qué es lo que nos dice en la actualidad a todos y cómo sale a nuestro encuentro ofreciendo el perdón.

«Yo juro, dice el Señor, Jahvé, que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta de su mal proceder y viva. Convertíos, convertíos de vuestros malos caminos: ¿por qué os empeñáis en morir?» (Éz. 33, 11).

«Yo mismo soy quien borro tus pecados por amor de mí, y no me acordaré más de tus rebeldías» (Is. 43, 25).

«Palabra de Yahvé, yo les perdonaré sus maldades y no me acordaré más de sus pecados» (Jer. 31, 34).

«Si mi pueblo, sobre el cual ha sido invocado mi Nombre, convertido, me pidiere perdón, y procurare aplacarme, si se aparta de sus malos caminos; yo también desde el cielo le escucharé y perdonaré sus pecados...» (2 Cr. 7, 14).

«Aunque vuestros pecados fuesen como la grana –si dejáis de hacer el mal y aprendéis a hacer el bien– vuestras almas quedarían blancas como la nieve. Aunque fuesen rojos como la púrpura, vendrían a ser como la lana blanca» (Is. 1, 18).

«Yahvé es el Dios misericordioso y clemente, tardo a la ira, rico en misericordia y fiel, que mantiene

su gracia por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado» (Ex. 34, 6-7).

Del mismo dan testimonio todos los profetas, que dicen que por su nombre cuantos «creen en Él recibirán el perdón de los pecados» (Hech. 10, 43).

Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos y limpiarnos de toda iniquidad (1 Jn. 1, 9).

Dios sigue hablándonos:

«¿Has pecado? No vuelvas a pecar más y ora por los pecados anteriores (a fin de que te sean perdonados).

Como de la serpiente huye del pecado, porque si te acercas te morderá. Diente de león son los suyos, que dan muerte a los hombres» (Eclo. 21, 1-3).

«Si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras faltas» (Mt. 6, 14-15).

«Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mt. 6, 12).

«Apiádate de mi, oh Dios, según la grandeza de tu piedad! Según la muchedumbre de tu misericordia, borra mi niquidad» (Sal. 51, 3).

¿Hasta dónde se extiende la misericordia de Dios?

La misericordia de Dios no tiene límites, «está sobre todas sus obras» (Sal. 145, 9). «De la misericordia de Dios está llena la tierra» (Sal. 33, 5).

La misericordia es privilegio de quien es grande sin medida. En Dios la misericordia es infinita, porque es propia del amor infinito.

En el libro de la Sabiduría leemos: «Tu, oh Dios nuestro, eres bondadoso y veraz, paciente y todo lo gobiernas con misericordia» (Sab. 15, 1). Pero tienes piedad de todos porque todo lo puedes; y disimulas los pecados de los hombres para traerlos a penitencia; pues amas todo cuanto existe, y nada aborreces de lo que has hecho, que no por Dios hiciste cosa alguna.

¿Y cómo podría subsistir nada si tu no quisieras, o como podría conservarte sin tí? Pero a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amador de las almas» (Sab. 1124-27).

«El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia; no está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo; no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas.

Como se levanta el cielo sobre la tierra, se levanta su bondad sobre sus fieles; como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos.

Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles; porque Él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos polvo...» (Sal. 103).

Pero Dios, que es misericordioso, también te advierte:

«No digas: He pecado, y ¿qué ha sucedido? Porque el Señor es paciente... Y no digas: Grandes es su misericordia. El perdonará mis muchos pecados. Porque, aunque es misericordioso, también castiga, y su furor caerá sobre los pecadores (Eclo. 5, 4-7).

Reconoce y advierte cuán malo y amargo es para tí haberte apartado del Señor tu Dios (Jer. 2, 19).

«El hijo honra a su padre y el siervo teme a su Se-

ñor, pues si Yo soy Padre, dice Yahvé, ¿dónde está mi honra? Si Yo soy Señor, ¿dónde está mi temor?» (Mal. 1, 6).

La misericordia de Dios es grande. Confía en Él.

Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim. 1, 15). Y tanto nos amó Dios que nos dió a su Unigénito Hijo para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna; pues no ha enviado a su Hijo al mundo, para que los juzgue, sino para que sea salvo por Él» (Jn. 3, 16-17).

«No digas: El Señor se ha olvidado de mí. ¿Puede la mujer olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del Hijo de sus entrañas? Aunque ella se olvidase, yo no me olvidaría, dice el Señor» (Is. 49, 14-15).

«Por mi vida, dice el Señor, que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva» (Ez. 33, 11).

«El que oculta sus pecados no prosperará, el que los confiesa y se enmienda, alcanzará misericordia» (Prov. 28, 13).

«Examínate a tí mismo: ¿qué es lo que mereces, pecador? Despreciador de Dios, ¿Qué mereces? Mira si ves otra cosa que castigo, otra cosa más que suplicio... Mas piensa que «Dios no se deleita con condenar, sino con salvar; y es tan paciente con los malos para que se vuelvan buenos» (S. Agustín).

Jesucristo, como hemos dicho, vino a salvar a los pecadores, y Él aparece en la tierra como la misericordia personificada, y así lo puso de manifiesto: 1) *con sus palabras:* «No he venido a buscar a los justos,

sino a los pecadores...» (Lc. 5, 32)...; 2) *con su conducta:* perdonando a la Magdalena..., a la mujer adúltera..., a la samaritana...; 3) *con sus ejemplos:* La oveja extraviada, llevándola sobre sus hombros... El hijo pródigo, que se aleja de la casa paterna y malgasta toda su hacienda, viviendo mal..., aún le abraza... San Pedro lo niega... y le ama, perdonándolo, porque lo ve arrepentido, le hace primer Papa de su Iglesia...

A Judas, traidor, aún le dirige palabras que le den motivo de arrepentimiento: *«Amigo, ¿a qué has venido?...* como diciéndole: piensa lo que haces; aun tienes tiempo de arrepentirte sinceramente para obtener mi perdón, etc...

Nadie puede ante sus muchísimos pecados desconfiar de la misericordia de Dios, pues es de tal manera su misericordia, como dice San Ambrosio, que no quiere la muerte de nadie, sino que desea redimir a todos.

Santo Tomás de Aquino también dice: «En cualquier hora que ruegues, puedes obtener misericordia si ruegas con arrepentimiento de tu pecado... Por muy pecador que sea un hombre, debe confiar que si se arrepiente y convierte perfectamente, Dios le perdonará».

A este propósito dice San Agustín: «Si Dios ayuda a éstos y los libra, y los perdona, ¿es injusto? De ninguna manera. También entonces es justo; su misericordia no suspende la justicia, ni su justicia la misericordia ¿Quieres que se te perdone? Perdona tu también».

No seas cadáver ambulante

¡Vivir sin vida! Este es el estado de los que viven en pecado mortal, y a ellos se les pueden aplicar aquellas palabras del Apocalipsis: *«Tienes el nombre de viviente, pero en realidad estás muerto»* (Apoc. 3, 1).

El pecador vive sí la vida natural, pero vive sin gracia santificante... ¡Cuántos cadáveres ambulantes por las calles de nuestros pueblos y ciudades!

San Juan Crisóstomo nos lo dice así:

«¿No sabes que los que viven en pecado, aunque vivan, están muertos? ¿Y que los que están en gracia, aunque murieran, viven? Y ésta no es doctrina mía; es sentencia de Cristo que dice a Marta: «¿Quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá» (Jn. 11, 25).

Por esta razón decía el mismo Santo: Nada hay que temer en este mundo tanto como el pecado mortal, porque da muerte al alma, y si no se sale de él por el arrepentimiento o una buena confesión, le espera un infierno eterno.

«De los males humanos ninguno es grave, sino el pecado; no la pobreza, no la enfermedad, no la contumelia, no la calumnia, no la ignominia, ni la muerte, que parece sea el último de los males. Porque todos los nombres de calamidades, para quienes discurren sólo son nombres vanos; mas la calamidad verdadera es ofender a Dios y hacer alguna cosa contraria a su beneplácito».

Es necedad posponer al Bien Sumo a cualquier bien creador. En el caso hipotético de poder escoger entre el mundo entero con todas sus riquezas, con toda su gloria, con todos sus placeres, y la ley de Dios, sería necedad escoger el deleite de todos los bienes creados y rechazar por el pecado la amistad de

Dios; porque la vida mortal es breve y la del más allá no tiene fin... *«¿De qué le vale al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?»*

¡Qué terrible es vivir en pecado y hasta hacer escarnio de la religión y así llegar a la hora de la muerte!

Ejemplo escalofriante

Este es un hecho real. Sucedió una noche de Carnaval, en Madrid. Un joven pregunta por el *P. Rubio.* Es urgente para confesar a un moribundo. ¿En dónde vive? El desconocido tarda en decir la dirección. Al fin, la dice.

Don Carlos Villameriel, que está presente, frunce el ceño, se vuelve al P. Rubio, y le dice: «Padre, esa casa... ¡Es una casa mala!».

La contestación: «A cualquier parte iré yo con tal de salvar un alma. ¡Acompáñame!».

En el cuartucho de la casa pública está ya preparada la celada. ¡Qué campanada sonará mañana en Madrid, cuando se divulgue la fotografía del «santo Padre Rubio» sorprendido en plena juerga en una casa de prostitución!

Tres muchachos tramaron la broma. En un rincón, disimulada está la cámara fotográfica y la lámpara de magnesio para el fogonazo en el momento oportuno.

Los muchachos echan suerte: uno de ellos ha de acostarse y fingirse enfermo. Cuatro meretrices están escondidas en un rincón, para surgir en el momento oportuno. Se corre la cortina de la alcoba. El enfermo ya se ha tumbado.

Entra el P. Rubio. ¿Dónde está el enfermo? «Aquí, Padre; está muy malo, ¿sabe usted? Y el pobre se quiere confesar...». El P. Rubio se acera a la cortina. En un rincón una mano enciende ya un fósforo para inflamar el magnesio.

Pero el P. Rubio sin tocar la cortina, se encara con los que le han llamado, y exclama: «¿Por qué me han llamado tan tarde? El muchacho ha muerto ya». «No, Padre...».

Uno de los muchachos descorre la cortina y toca al falso enfermo: «Oye tú, ¿verdad que te quieres confe...». Un escalofrío le ha corrido de pies a cabeza. Sí, está muerto. Con los ojos dilatados por el terror, clavados en el cielo».

«El camino de los pecadores está enlosado; pero va a parar en el infierno, en las tinieblas y en los tormentos» (Eclo. 21, 11).

El moralista P. Ferreres dice: «Desde que cometiste un solo pecado mortal, la sentencia se promulgó enseguida; desde entonces está el infierno bajo vuestros pies como un abismo, y vosotros estáis colgando sobre él como sostenidos por un solo cabello, que eso y no otra cosa es nuestra vida».

«¡Oh cristiano! en este mundo se te ha puesto ante los ojos la vida y la muerte, y se te ha dejado la elección entre ambas cosas: o privarte de los placeres ilícitos y ganar la vida eterna o gustarlos e ir al infierno. ¿Qué dices? ¿Qué escoges?» (S. ALf. M.ª de Ligorio).

El pecador lleva la marca de delincuente

Por el pecado ofendemos a Dios, y la ofensa no termina cuando cesa el acto injurioso, sino que perdura

hasta que el ofensor da una satisfacción adecuada o el ofendido concede generosamente el perdón, es decir, la ofensa perdura hasta que ha logrado borrarla.

El pecador privado de la gracia santificante lleva en su alma la marca de enemistad con Dios, una mancha que afea horrorosamente su alma, y por tanto mientras no haga las paces con Dios será eternamente pecador y eternamente castigado. «Actualmente está en la boca de un volcán, tiene el infierno abierto a sus pies, y lleva en el alma marca de delincuente como los réprobos».

A la verdad es preciso que esté muy ciego el cristiano para atreverse a cometer el pecado, porque si conociera a Dios, si se conociera a sí mismo, si conociera la culpa –y la eternidad desdichada que le espera si no sale del estado en que se halla–, nunca se podría resolver a cometerla (P. Claret).

El pecado es un gran peso sobre el alma. Todo el que comete un crimen, no puede menos de oír en el fondo de su alma la voz de la conciencia, que es voz de Dios: ¿Qué has hecho?... El delito que has cometido clama al cielo.

Recordemos el caso del incrédulo Messiat cuando fue a Arles. Vio precisamente a *Juan María Bautista Vianney,* el santo Cura de Ars, que salía a decir Misa. Al terminar el santo sacrificio se entrevistaron ambos en la sacristía. «Señor Cura –dijo Messiat–, siento sobre mí un peso que me abruma». «Sacuda cuanto antes este peso –contestó el santo Cura–».

Descúbrame su triste vida y Dios nuestro Señor le aliviará porque Él ha dicho: *«Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré».* El incrédulo, convertido, se quitó de encima, en la santa confesión, el peso que le abrumaba.

Este es el camino que deben seguir todos los pecadores, confesar sus culpas, para ser absueltos de ellas y evitar que el peso de ellas deje de inquietarlos.

La malicia del pecado

El pecado es transgresión de un mandamiento divino o de cuantos encierra su santa ley. Es *una ofensa, una rebelión* contra Dios, *una desobediencia o desprecio* que hace a Dios el que no obedece sus mandatos.

El hombre es hechura de Dios, depende de Él, y a Él debe servirle y amarle. Por tanto, desde el momento que no cumple su ley, comete un pecado, y por el pecado se aparta y se aleja de Dios, su último fin, y en esto está precisamente la mayor desgracia que el hombre puede acarrearse y el mayor de sus males.

«Menospreciáis mis mandamientos, dice el Señor, y no lo ponéis todos por obra, y rompéis mi alianza, ved lo que también haré yo con vosotros: echaré sobre vosotros el espanto, la consunción, la enfermedad..., sembraréis en vano vuestra simiente..., haré como de hierro vuestro cielo y como de bronce vuestra tierra. Serán vanas vuestras fatigas, pues no os dará la tierra sus frutos...» (Lev. 26, 15 ss).

El pecado es una ingratitud de la criatura para con Dios, su Creador y Redentor: «Así pagas a Yahvé, pueblo loco y necio? ¿No es Él el Padre que te creó, el que por símismo te hizo y te formó?» (Dt. 32, 6).

«Oid cielos, escucha tierra.¡Que hable Yahvé! Yo he criado hijos y los he engrandecido, y ellos se han rebelado contra mí. Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero Israel (la población

hoy del orbe) no entiende, mi pueblo no tiene entendimiento.

¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de iniquidad, raza malvada, hijos desnaturalizados! Se han apartado de Yahvé, han renegado del Santo de Israel, le han vuelto las espaldas» (Is. 1, 2-4).

Se cuenta de Monseñor Sibour, Arzobispo de París, que se presentó a él un obrero, el cual, suspirando, le dijo que debido a una enfermedad había perdido el empleo y se hallaba en la extrema miseria con cinco hijos que lloraban de hambre.

El Arzobispo conmovido le dio una limosna, y él sale precipitado con aquellas monedas, sin apenas darle gracias, y compra un puñal. Al día siguiente era Santa Genoveva, patrona de Francia, y después de la Solemne Misa Pontificial en la Catedral, sale de detrás de una columna el obrero y le clavó el puñal en el corazón.

Le reconoce el Arzobispo, y dice: a este mismo le di ayer una limosna. Al saberse en toda Francia, el grito unánime fue: ¡Muera el infame!...

¡Cuántas veces hemos sido nosotros los infames! Tantas cuantas hemos pecado, porque pecando nos hemos servido de los ojos que son de Dios, de los oídos, de la lengua, del talento, de la salud..., todos dones de Dios.

¡Qué ingrato soy yo cuando peco!

«Oh ciego pecador, nos dice San Pablo, que te has dormido en tu estado; levántate y sal de entre los muertos, y Cristo te iluminará» (Ef. 5, 14).

¡Grande es la malicia del pecado! Y la podemos conocer por sus castigos:

1) *Los ángeles,* seres dotados de gracia e inteligen-

cia, cometen un pecado de rebelión y por un solo pecado y de pensamiento, aquellos bellos espíritus quedaron convertidos en un tizón del infierno: *«Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó en el infierno»* (2 Ped. 2, 4).

2) *Nuestros primeros padres,* por un pecado de desobediencia con raíz en la soberbia, atrajeron sobre sí y sus descendientes el dolor y la muerte... y el mundo quedó convertido en un valle de lágrimas (Gén. 3, 17-20).

3) *Los diluvios de agua y fuego* que Dios ha mandado sobre el mundo..., las guerras y tantas calamidades, son castigos del pecado... La Biblia nos habla del fuego que cayó sobre Sodoma y Gomorra, porque sus pecados clamaban venganza al cielo (Gén. 19).

El infierno mismo es el gran castigo que recae sobre los pecadores que se rebelan contra Dios y no quieren enmendarse: *«Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno»* (Mt. 25, 41).

4) *La Pasión sufrida por N. S. Jesucristo.* Él, la suma inocencia y santidad, revestido de nuestra naturaleza humana, tomó sobre si los pecados de los hombres, y por ellos fue castigado hasta morir en una cruz. El profeta Isaías lo dice así: «Fue molido por nuestros pecados, cargó sobre Él la iniquidad de todos nosotros, soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores» (Is. 53).

Jesucristo ofreció su vida en sacrificio por nuestros pecados, y en sus llagas hemos sido curados.

Nuestros pecados exigían una reparación capaz de honrar a Dios ofendido, y sólo Jesucristo, Dios y hombre, puedo hacerla, porque *como hombre* podía humillarse y padecer y morir y así sufrir por nosotros, y *como Dios* pudo comunicar a tales humilla-

ciones y sufrimientos un valor infinito. De esta manera la satisfacción de Cristo fue infinita y proporcionada a la ofensa, pues ésta, o sea, nuestros pecados eran ofensas de algún modo infinitas porque eran dirigidas contra Dios, que es Majestad infinita.

Ante la malicia que encierra el pecado y ver, a su vez que la redención realizada por Jesucristo es obra de la caridad de Dios incomprensible, nuestro deber es tender a evitar todo pecado y procurar no cometerlo jamás en adelante.

Jesucristo pide ahora nuestra cooperación

Es cierto que Jescuristo satisfizo por nuestros pecados pero debemos tener presente que Él nos pide también nuestra cooperación.

Hay personas *presuntuosas* a los que el recuerdo de la bondad divina parece confirmarlos en la maldad y porque se fian en que Jesucristo ya satisfizo por todos; pero les diremos: Temed, precisamente, porque Dios es bueno.

La bondad de Dios *llora.* Contemplando Él un día la ciudad de Jerusalén desde el monte de los Olivos, dijo: *«Jerusalén. Jerusalén, cuántas veces quise congregar a tus hijos... y tu no quisiste».*

Jesús lloraba sobre los habitantes de Jerusalén, por que preveía su ruina al no convetirse..., y así sucedió. La ciudad fue abrasada, perecieron casi todos sus habitantes y otros fueron dispersados...

La bondad de Dios es paciente. Espera por ver si se hace penitencia. Recordemos la higuera infructuosa... y hubo una tregua: esperemos un año más a ver si da frutos de buenas obras, y sino será arrancada...

¡Cuántos siguen adormecidos en su vida de pecado! *Enrique VIII* de Inglaterra, estuvo mirando una noche, en compañía de *Ana Bolena,* el cielo estrellado. Ella rompió el silencio: «¡Cuán hermoso es el cielo! Y más hermoso será aún más allá de las estrellas, junto a Dios». El rey inclinó avergonzado la cabeza, diciendo: «Ana, el cielo no es para nosotros».

Cuantos vivan en el pecado o adormecidos en él, si no quieren oir la voz de Dios que les llama a cambiar de vida, deben temer, porque al fin la bondad de Dios *hiere: «Os llamé y no quisisteis... Yo también me reiré de vuestra ruina».*

Es de temer que se apodere de algunos una temeraria confianza. De Dios, dice la Escritura santa, nadie se rie.

Dios quiere salvarnos, pero pide nuestra cooperación. «Cristo nos mereció la gracia a la redención, que para lograrla se requiere una condición, que ha deser satisfecha de parte del hombre.

«La Sagrada Escritura nos enseña que muchos hombres parten de este mundo en pecado, y así pierden por su voluntad la salvación eterna.

Ningún adulto capaz de obrar libremente gozará la eterna felicidad, fruto de la redención, si no se toma el trabajo de apropiarse los méritos de Cristo, obrando con su gracia virtuosamente.

San Pablo anunció a los corintios que Dios reconcilió al mundo consigo mismo en Cristo. Pero enérgicamente añadió: *Por Cristo os rogamos: reconciliaos con Dios»* (2 Cor. 5, 20).

Males que acarrea el pecado mortal

Interesa mucho reflexionar sobre los males que acarrea el pecado mortal al alma, y sobre los grandes bienes de que puede disfrutar viviendo en gracia o amistad con Dios.

–*El pecado mortal da muerte al alma,* es decir, le roba a ésta su propia vida, que es la gracia santificante, y la despoja de su hermosura y esplendor.

–Con la pérdida de la gracia por el pecado, *se pierden también los méritos* y se vuelven inútiles todas las buenas obras practicadas. Así lo dice Dios por el profeta Ezequiel: *«Todas las justicias u obras buenas que había hecho, no le serán tenidas en cuenta, por los pecados que cometió y por ellos morirá»* (Ez. 18, 24).

Entendámoslo bien: aunque desde niños hubiéramos llevado la vida más santa y aventajado a muchos santos..., un solo pecado mortal nos haría caer repentinamente de tanta alteza, y las oraciones, ayunos, limosnas y demás méritos, no tendrían valor y quedarían sin premio ante Dios.

Figurémonos el dolor de un comerciante cuando, próximo a entrar en el puerto, después de una larga y azarosa navegación con la nave cargada de riquezas, cae en un escollo o en manos de piratas que le roban todo en una hora, lo que le ha costado tantos años de desvelo y trabajo. Pues mil y mil veces más debemos sentir los bienes y méritos inapreciables de la gracia que nos arrebata el pecado mortal.

–*El pecado impide además al alma adquirir nuevos méritos,* pues como dice al apóstol: «Aunque tenga fe, de tal manera que haga milagros... y reparto mis bienes..., sin la gracia y caridad que acompañan

a la fe, no soy nada ni sirve de nada lo que hago» (1 Cor. 13)...

–*El pecado es origen de muchos males:* el cubre el alma de vergüenza, de confusión y de remordimientos... El nos pone tristes y nos hace miserables y esclavos: *«El que comete el pecado es esclavo del pecado»* (Jn. 8, 34).

Estimemos la vida de la gracia y no permanezcamos en el pecado para quedar libres de sus ataduras.

En el momento que la gracia santificante entra en nuestra alma, ésta queda *justificada,* esto es, purificada de todo pecado, renovada y embellecida.

Por la gracia santificante quedan, pues, borrados, suprimidos y aniquilados todos los pecados mortales, sean crímenes horrendos o delitos de la clase que sean. Dios no vuelve a tenerlos en cuenta. *«Si el malvado se retrae de su maldad y guarda todos mis mandamientos, y hace lo que es recto y justo, vivirá y no morirá. Todos los pecados que cometió no le serán recordados, y en la justicia que obró vivirá»* (Ez. 18, 21-22).

Revivirán sus méritos perdidos y *«nada habrá digno de condenación en él»* (Rom. 8, 1).

La gracia y el pecado mortal son incompatibles en el alma.

Conviene advertir que la gracia borra el pecado, nos purifica de toda mancha grave, pero hemos de saber que, aunque la gracia de Dios sana el espíritu del hombre, no por eso sana su carne en la que queda el estímulo del pecado, o sea, la concupiscencia. Por eso, aun en los grandes santos queda la inclinación a lo malo contra la cual hay que luchar, ayudados de la gracia de Dios, hasta la muerte.

No dilates la conversión

El profeta Isaías nos dice: «Buscad al Señor, mientras puede ser hallado; invocadle mientras está cercano» (55, 6).

«No difieras convertirte al Señor, y no lo dejes de un día para otro, porque de repente sobreviene su castigo, y en el día de la venganza perecerás» (Eclo. 5, 8-9).

«Si te ofreciera oro, no me dirías: Vendré mañana, sino que quisieras tenerlo inmediatamente. Nadie difiere el recibir oro, nadie se excusa; se promete la redención del alma, y nadie tiene prisa» (S. Ambrosio).

«Mientras vives en este mundo, ten prisa, haz penitencia; trabaja cuando tienes tiempo» (S. Jerónimo).

«Pecar es cosa humana; mas perseverar en los pecados, no es ya cosa humana, sino completamente satánica» (S.J. Crisóstomo).

La Iglesia nos dice: «Reparemos el mal que por ignorancia hemos cometido, no sea que preocupados de repente del día de la muerte, busquemos tiempo para la penitencia y no podamos hallarle».

«Guardando para no sé que día la conversión, juegas tu alma a una suerte espantosa. De un cántaro en que son negros todos los números, y sólo unos pocos, muy pocos blancos, vas a sacar tú un número, y vas a sacar una sola vez. Si sacas negro, te pierdes; si blanco, te salvas. ¿Sacarás blanco? Este es el azar terrible a que juegas, no tu fortuna o tu vida, si no tu alma y tu eternidad» (Sardá Salvany).

A los que quieran salir de su pecado y convertirse, Dios los espera con amor, con los brazos abiertos como el padre al hijo pródigo que vuelve..., como el

buen pastor que busca por todas partes a la oveja perdida y desea llevarla de nuevo sobre sus hombros al redil.

«Volveos a Mí, dice el Señor, y Yo me volveré a vosotros» (Zac. 1, 3).

Dios espera pacientemente a los pecadores. El *P. Hasslacher* refirió en una Misión el caso de un joven estudiante que se extravió hasta el punto de que hubo de ser encerrado como presidiario en la fortaleza de Ehrenbreitstein.

Su madre, viuda, sufría y lloraba a mares; el profundo dolor la minaba. Al encontrarse en trance de muerte, escribió una carta al jefe de la fortraleza, pidiéndole el favor de poder ver por última vez a su hijo.

El comandante accedió a la súplica, y el hijo presidiario, acompañado de guardias, fue conducido al lecho de muerte de su pobre madre. Ésta no le dijo nada, solamente le miró con ojos tristes. Él no se inmutó. Sombrío y frío volvió a la cárcel. Pero allí le perseguía la mirada de la madre moribunda, hasta que un día entre sollozos exclamó: ¡A qué extremo he llegado!».

Le parecía que el corazón iba a rompérsele. Pero al mismo tiempo abrió aquel pobre corazón triturado a la esperanza. Al ser puesto en libertad, se hizo jesuita y misionero. «Y aquí le tenéis en el pulpito –prosiguió el P. Hasslacher–; ánimo, pues, pecadores; lo que yo he podido hacer con la gracia de Dios, también podéis hacerlo vosotros. Dios os espera».

Este es el tiempo aceptable

Este es el tiempo de la salvación (2 Cor. 6, 2), el tiempo para convetirnos a Dios.

La dilación de la conversión es peligrosa, porque nadie puede disponer del tiempo futuro, y la muerte nos puede sobrevenir cuando menos lo pensemos.

Los que viven mal, quieren convertirse; pero ¿cuándo? Cuando los deje el mundo y el vicio o los obliguen las desgracias de la vida... Es de temer que Dios rechaze entonces al pecador si éste piensa seguir pecando y obstinado en el camino del mal.

El 25 de febrero de 1758 *Voltaire*, que se burlaba de las cosas santas, escribió a su amigo D'Alembert: «Dentro de veinte años Dios estará jubilado». Precisamente veinte años después, a fines de febrero de 1778, tuvo Voltaire la primera hemorragia. Lleno de espanto, hizo llamar a un sacerdote. Pero apenas se encontró un poco aliviado, declaró que lo hizo por broma.

Una nueva hemorragia. Esta vez sus «amigos» tuvieron buen cuidado de que no se llamara a ningún sacerdote; Voltaire debía morir (según su propio deseo) «sin sacramentos, feliz como un perro». Mas el pobre desgraciado se revolcaba, gimiendo: «Estoy abandonado de Dios y de los hombres».

El fin se acercaba. «Siento una mano que me ase y me lleva ante el tribunal –gemía Voltaire–. Veo el infierno, tapadlo». Desesperado, blasfemando movió su propio brazo. Luego un grito espantoso, una oleada de sangre y suciedad salió por la boca y la nariz del moribundo. Voltaire había expirado.

Un testigo ocular dijo luego: «Si pudiera morir el diablo, así terminaría». Y su médico escribió: «De-

searía que todos los que fueron seducidos por los escritos de Voltaire, hubiesen presenciado su espantosa muerte». (*Docete*. Koch-Sancho).

La Escritura Santa nos dice: «La muete de los pecadores es pésima» (Eclo. 34, 22): «¡Cosa admirable, por cierto! –exclama San Alfonso María de Ligorio–. Dios no hace al pecador otra amenaza sino la de una mala muerte: *«Entonces me invocarán, y no los oiré»*(Prov. 1, 28)...

«Convertíos, pues, oh pecadores, y sed justos delante de Dios, y creed que usará con vosotros de su misericordia» (Tob. 13, 8).

Perseverancia

«El que perseverare hasta el fin, se salvará» (Mt. 10, 22). Es necesario hacer el bien y perseverar en él. «Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida» (Apoc. 2, 10).

El ideal de esta vida es vivir preparado para la eterna. Haz las cosas que tienes que hacer lo mejor posible. «Haz lo que haces», pero hazlo bien, y eso ordinario de cada día, hazlo de un modo extraordinario, o sea con perfección y sin ordinariez.

No pierdas lastimosamente el tiempo. ¿Has pensado que la vida es corta y se nos da para santificarnos, para hacer bien a otros y salvarnos? ¡Qué cosa más triste es no pensar seriamente que «se vive una sola vez» y que el tiempo de reparar errores y de ser cada día mejores desaparece velozmente y ¡para siempre!

«Bienaventurados los que, no contentándose con lo que han hecho, cada día se renuevan y adelantan como el apóstol; porque la justicia cesa para el justo

el día que se detiene en el camino. Comenzar no basta, es preciso concluir» (S. Jerónimo).

Tenemos que aprender a morir para saber vivir. El que vive como si tuviera que morir cada día, no pecaría. «El que aguarda la muerte a todas las horas, aunque repentinamente muera, no dejará de morir bien» (S. Alfonso Mª Ligorio).

Aprendamos del Santo P. Claret que estaba siempre en disposición de morir como deseaba «sin pecados, sin deudas y sin dinero»... y perseveremos obrando el bien. ¿Para que afanarnos tanto en acaparar riquezas que hemos de dejar?

«Una piedra cuadrada no se bambolea, por más que se la vuelva de cualquier lado; sed, pues, como aquella piedra, estad prontos a sostener todas las tentaciones y por más esfuerzos que se os hagan para derribaros, mostrad firmeza en la perseverancia. Que toda clase de ataques os halle inquebrantables» (S. Agustín).

«Esforzaos más y más para asegurar vuestra vocación y elección por medio de las buenas obras; porque haciendo esto no pecaréis jamás. Pues de este modo se os abrirá de par en par la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Ped. 1, 10-11).

INDICE

Presentación 3
- La historia del hombre con relación a Dios . 5
- Y ¿qué es el pecado? 6
- Dios sale al encuentro del hombre 6
- ¿Hasta dónde se extiende la misericordia de Dios? 8
- La misericordia de Dios es grande. Confía en El 10
- No seas cadáver ambulante 12
- Ejemplo escalofriante 13
- El pecador lleva la marca del delincuente .. 14
- La malicia del pecado 16
- Jesucristo pide ahora nuestra cooperación . 19
- Males que acarrea el pecado mortal 21
- No dilates la conversión 23
- Este es el tiempo aceptable 25
- Perseverancia 26